

## ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA

SOLEDAD

Á DON JUAN VALERA

(Conclusion.)

## VIII

Desnudábase Soledad doblando cuidadosamente su ropa y pensando en *él*. Alma sensible al amor hacía ya tiempo, en lucha con una tentación continua, tanto más terrible cuanto que era inconfesa, su primera idea al ver á D. Luis, guapo, instruido, elegante, había sido: «Es un militar, puedo amarlo sin pecar.»

Ideas singulares cruzaban su cerebro. «¡Si llegase á pedirla un momento de palique!» Estaba en enaguas, con un cuerpecito blanco que dejaba descubierta la garganta y parte de los brazos. Se acercó á la puerta y corrió el cerrojo bastante fuerte, descorriéndolo de nuevo como para que la oyese; pero se retiró despues de puntillas, temiendo haber sido oída, se sentó en una silla con las piernas estiradas, un pié sobre el otro, esperando.

¿El qué? ¿A quién? No lo sabía ella misma: la materia desempeñaba aquí el principal papel, y el alma obedecía, sin comprender, medio adoradora. Se puso una bata de percal y abrió la ventana, pues sentía que la faltaba aire.

La plaza estaba desierta, la luna envolvía los campos en pálidos reflejos; el castillejo se dibujaba en la sombra elevando sus aspilleros torrecillos por encima de los álamos que, cual fantásticos gigantes, parecían estirarse perezosamente; se oía de vez en cuando el ladrido sordo de un perro que gruñía por no perder la costumbre; un canto lejano de ruiseñor llegaba á intervalos en las ondas del viento, tan fuerte que arancaba á las campanas de la iglesia vibraciones metálicas, dulces como una queja. Permaneció allí mucho tiempo, medio desnuda, sin notar el frío, teniendo siempre la imágen de D. Luis ante los ojos. De pronto sintió en la nuca una impresión extraña, como un aliento humano; se volvió estremeciéndose, creyendo ver á alguien, y cerró la ventana.

Entonces sí sintió que estaba helada, y se acostó vestida, sin soplar la luz. Una fascinadora voz la susurraba en los oídos; Eva debió escucharla cuando clavó sus dientes en la fatal manzana. Vió los versos grabados con caracteres de oro en láminas de mármol: *Labios de rosa do el amor se anida*, y D. Luis á sus piés, descompuesto, exclamando con febriciente acento: «Tuyos son esos versos, los has inspirado tú, porque te amo, te amo!...»

Temblaba ligeramente su cuerpo, sacudido por intermitentes y dulces contracciones, y amorosamente cruzaba los brazos sobre el pecho. Como D. Luis la cogiese una mano, se despertó, se incorporó y bajó la cabeza atónita de no tener nada entre sus brazos. El velon se apagaba y la sombra era densa. Se levantó, y para no caer se asió al mosquitero, que se desgarró de arriba abajo. Se pasó la mano por los ojos y no vió nada. Una invencible languidez rompía todos sus miembros. No sabía por qué estaba aún de pié vestida. A tientas se dirigió hacia la puerta, como si alguien la llamase, la atrayese irremediamente; salió y puso su mano calenturienta sobre la llave de una puerta. La frialdad del hierro la despertó por completo, el alma rasgó las nieblas y habló para pronunciar esta sola palabra: ¡Miserable!

Sintió Soledad en sus oídos el zumbido funéreo que sienten los ahogados al hundirse en el agua; extendió entrambos brazos con desesperado ademán de angustia, giró sobre sí misma y cayó sobre los tablonés del corredor, que cruji-

ron y agitaron el cuerpo de la vírgen, cubriéndolo de polvo.

Cabañas, que estaba en los *adioses*, soltó el tintero sobre las sábanas y al levantarse dió un puntapié al candil, que se apagó.

—¡Por vía é mi agüela!—exclamó.

—¿Qué es eso, Cabañas?—preguntó D. Luis.

—¡Qué se me coman los perros si lo sé, señorito!

Y abrió la puerta de la habitación.

Entonces, á la vacilante claridad del farolillo que alumbraba el corredor, vió una mujer por el suelo y reconoció á Soledad. Oyó descorrer cerrojos, y cogiendo á la jóven por debajo de los brazos, la entró en su cuarto y la tendió sobre su colchon.

—¿Quién anda ahí?—preguntó Doña Engracia asomando la cabeza por la puerta entornada.

—Soy yo, patrona, que por poco me desencuaderno los sesos por ir á buscar de beber á mi amo.

—¡Ah! espere Vd., voy á vestirme.

—¡Quia! no señora, deme Vd. un fósforo para encender el candil y dígame Vd. dónde está el vinagre.

Y volviendo á su cuarto, dijo al oído del oficial:

—D. Luis, la señorita Soledad está aquí, en mi cama, con un sopensio. Voy á por el vinagre.

—Tome Vd. una luz... pero, yo bajaré.

—¡Que no señora, vamo!...

—Hay una botella encima del armario, á la derecha—dijo Doña Engracia, y se retiró.

Diez minutos despues Cabañas volvía á subir. D. Luis se había mal vestido á tientas.

—Hay que llevarla á su habitación—dijo en voz baja.

—Andando.

Uno por los piés, el otro por los hombros la levantaron y la condujeron hasta su lecho, no sin que maldijera Cabañas el maderámen que crujía aunque anduviesen de puntillas, y segun el asistente, «parecía tené dolé de tripas.»

Soledad, muy pálida, respiraba penosamente.

—¡Señorito, el corcé, creo que es el corcé!

—¡El corsé!... Sí, tal vez tienes razon... pero... ¿cómo?

Cabañas sacó una navaja de mediana longitud y la presentó abierta á D. Luis, que cortó la lazada, y ruborizándose casi por la jóven, cubrió su blanca y finísima garganta con la sábana. La restregó las sienes con vinagre mientras Cabañas la hacía cosquillas en la palma de la mano. Soledad parecía más tranquila, y el capitán se preguntaba cómo había ido la jóven á caer desmayada á la puerta de su cuarto.

—Habrá estado indispueta—pensó;—ha querido llamar... ¡Pobre chica!

Notó D. Luis que Soledad abría los ojos, y dirigió al asistente una mirada que éste comprendió, pues salió sin decir palabra.

Soledad, que se incorporaba, cayó de nuevo sobre las almohadas al ver á D. Luis á su lado; pero fué pasajera la sorpresa.

—¿Se siente Vd. mejor?—preguntó D. Luis.

No lo escuchaba la jóven, se acordaba, y con súbito arranque, asiendo la mano del capitán:

—¡Gracias!—exclamó con ardoroso acento de gratitud.

Y tras una pausa, replicó con muy distinto tono:

—Gracias, estoy mejor.

Había conservado él entre las suyas la mano que Soledad le había tendido; se rozaban sus frentes, se hablaban sus ojos un lenguaje funesto; estaba más hermosa que nunca. La sangre afluyendo á su cerebro, le dió el vértigo, la asió entre sus brazos, y ella dobló la sien, como

cordera sometida al sacrificio. Iba á posar sus labios en la tentadora mejilla...

La fisonomía plácida de D. José Noguera le apareció fulgurante de honradez, y sus últimas palabras resonaron en sus oídos: «Inútil es añadir que le dejo á usted amo de la casa.» Su natural bondad se reveló, la altivez nacional le mordió en el pecho, la idea de pagar la franca hospitalidad que recibiera con tal villanía, le enrojeció las orejas con el bochorno de la vergüenza. Colocó delicadamente la cabeza de Soledad sobre la almohada, y diciéndola:

—¡Duerma usted! salió.

Cuatro horas despues la corneta tocaba la diana, y Cabañas, que roncaba cuando entró su amo, le dirigía maliciosa miradas ayudándole á vestirse.

## IX

Quando D. Luis salió á la plaza, el destacamento se hallaba formado en batalla, y Requena había pasado lista.

Doña Engracia llenaba de provisiones el morral de Cabañas.

—Pero señora, que ya basta—repetía el asistente.

—Calle Vd., calle Vd.—respondía la anciana;—¿quién sabe si podrán Vds. dormir á cubierto? Es para el camino.

Y á juzgar por la cantidad de comestibles que embutía en el saco, habría podido suponerse que el asistente iba hacia un desierto.

—Vamo, ¿ha tenio queja la gente?—preguntó D. Pedro Rubio.

Y blandiendo una vara respetable de acebuche, añadió que «había que desirlo, pues ayi estaba él pa haser justisia.»

Tomó el capitán una copita de aguardiente, se despidió de Engracia, que le aseguraba rezaría todas las noches un *Ave* á la Vírgen del Amparo, para que lo sacase de los malos pasos, y al volverse vió bajar á Soledad.

Se acercó la jóven al capitán y en voz baja le dijo:

—Es Vd. un caballero. ¿Me promete usted volver?

Sus alteradas facciones, sus enrojecidos ojos denunciaban la tempestad de sentimientos desencadenada aquella noche en su espíritu. Su boca, sus miradas, su actitud, todo suplicaba. D. Luis se conmovió profundamente, y respondió con firmeza y convicción:

—¡Volveré!

Tuvo ella una sonrisa de una inefable ventura, le estrechó la mano, pero no pudo hablar.

Poco despues el destacamento se ponía en camino. Al llegar al extremo de la calle, D. Luis volvió la cabeza y vió aún á Soledad en la ventana, que le saludaba agitando un pañuelo blanco.

Permaneció allí hasta mucho despues que los soldados hubieron desaparecido, con las mejillas inundadas de lágrimas, diciéndose á sí misma, como consuelo supremo, con un acento que pugnaba por ser alegre:

—¡Volverá!... ¡Volverá!...

Su tío la encontró así cuando volvió á las siete de la mañana; como de costumbre la besó, y esta vez Soledad le devolvió su beso sin experimentar absolutamente nada.

## X

«¡Volverá!» decía siempre Soledad. Había cubierto el verano de lilas los jardines, las amapolas se habían abierto y cerrado entre los trigos, el fuego de sarmientos ardía de nuevo en el hogar.

Ni D. José, que se preparaba para su traslación á Baeza á la primavera siguiente, ni Doña Engracia, que «tenía la bilis descompuesta» pen-

sando en la mudanza, nadie se acordaba del des-tacamento de cristinos que habia huido como una golondrina, sin dejar huellas. Nadie se acordaba, pero se acordaba Soledad.

A veces se asomaba á la ventana y se mortificaba los brazos, estando allí horas enteras con la vista fija en la entrada del pueblo, con la vaga esperanza de verlo aparecer á lo mejor. A veces se la figuraba tenerlo á su lado, hablándola de batallas, de amores; sentia entónces un vehementísimo deseo de recorrer el madrigal *A una boca*, y aunque lo sabia de memoria, lo leia siempre con mayor placer, como si los versos adquiriesen bellezas nuevas á cada lectura. Con el tiempo y los múltiples besos de Soledad, el lápiz se borraba más cada dia; lo notó, y con una minuciosidad benedictina, repasó las letras con tinta, siguiendo el trazado en sus más caprichosos perfiles. Esta ocupacion la encantó, y le valió un goce puro é íntimo, como si su sér se confundiese con el sér de D. Luis.

Se volvió muy callada, como todos los que se sienten poseidos por una idea absoluta, y Don José la sorprendió á veces, sola, hablando en alta voz. Pensó buenamente que se fastidiaba en la Tobaruela, que era tiempo de casarla, y esto le hizo activar el viaje á Baeza.

—No corre prisa, tío—decia Soledad.—Ya llegará el dia.

El dia llegó, en efecto.

No tenía Soledad en la aldea más que un amigo sincero: el maestro de escuela. A él confió una carta para D. Luis, comunicándole su cambio de residencia.

—Cuando venga D. Luis—le dijo,—le dará usted esta carta. No se lo diga Vd. á nadie, ¡es un secreto!

—Pero, señorita Soledad, ¿de qué D. Luis quiere usted hablarme?—preguntó el jorobado.

—D. Luis... bien se acuerda Vd... D. Luis Canoro, el alojado que tuvimos hará dos años.

—¡Ah! sí, señora, perfectamente.

Y D. Rufino prometió cumplir la mision, «muy satisfecho de la confianza que le demostraban.»

Cosa fué de ver, el dia de la partida, la inquietud, los apuros de Doña Engracia para que nada se rompiera, para que no se olvidase nada; las recomendaciones que dirigia á los carreteros; las excursiones repetidas que hizo á cada habitacion, con la escoba ó con la aljofifa, para dejarlo todo *saltando*, pues no queria que el nuevo cura la tomase por una sucia.

Aquel dia tuvo un grave altercado con su amo. Habia hecho cargar en el carro los dos sillones que, en un tiempo, descubriera D. José en la sacristia, y el sacerdote dió orden de descargarlos, alegando que no le pertenecian.

—Pero, señor—exclamó Engracia, sulfurada,—¿no ha ganado bien su mercé con diez años de servicio esos benditos sillones?

—No, señora, pertenecen á la iglesia; justo es que los haya usado, pero no que me los lleve.

El sacristan terminó la discusion volviéndolos á meter en la casa, miéntras Doña Engracia refunfuñaba:

—¡Jesús! ¡Qué conciencia más chica tiene su mercé!

Dió Soledad un último adios á todo cuanto la recordaba D. Luis, y salió de la Tobaruela con una sofocadora angustia, entre los gritos y las bendiciones que llovian sobre el sacerdote, pues habia hallado medio, ántes de partir, de hacer algunos regalillos sin que lo notase Doña Engracia.

## XI

Agunos meses despues de su instalacion en Baeza presentó D. José en su casa á un honrado mancebo, hijo de un rico cultivador, que ha-

bia pedido la mano de Soledad. La jóven declaró á su tío que «no queria noviajos;» que ya se casaria, pero que, por el momento, «no queria abandonarlo.»

Durillo encargo fué para D. José el de dar calabazas al enamorado; pero lo hizo, y cuando en lo sucesivo le hablaban de su sobrina: «¡Ah! no sabe Vd. lo buena que es, decia; no se casa por no separarse de mí.»

Entre tanto, en el mes de Setiembre de 1838, el abrazo de Vergara puso fin á la guerra civil.

Iba á estar allí de un momento al otro, y Soledad no vivia; se vestía con más coquetería, se miraba al espejo más á menudo, no leia el madrigal.

Llegó el año nuevo. Nadie vino.

—¡Si hubiese muerto!—pensó.

No palpitó su corazon, no se asustó. Creia firmemente en la voz del corazon. ¡Pobre Soledad!

Escribió á D. Felipe Galindez por si habia olvidado el encargo. El maestro de escuela respondió que no se habia presentado nadie y tenía la carta á su disposicion.

Recordó que D. Luis era de Granada, y encargó al ordinario secretamente que buscase á la familia Canoro y se informase de la suerte de D. Luis, el hijo de la casa. El ordinario trajo la noticia de que D. Luis Canoro habia tomado la licencia y se hallaba en Madrid al frente de un periódico.

Dudó Soledad, pero dudó vagamente, pues muy profundas raíces tenía echada la ilusion en su alma para troncharse al primer soplo. «Me habrá olvidado,» se dijo. Y las palabras del capitán sobre el clavel mustio: «Esa es la suerte de todo lo que se pone sobre mi corazon,» abrasaron su memoria. No se quejó, sólo volvió á leer más á menudo los versos, un momento abandonados. A veces lo excusaba, recordando aquella noche fatal. «Me habrá juzgado mal, se decia, ¡estaba loca!» Era, sin embargo, la duda accidental, y aún decia: «Volverá,» pero añadía, «tal vez.»

D. José, algo cano, muy repleto de carnes, se desconsolaba de ver adelgazar á su sobrina cada vez más. Llamó al médico, que declaró tener la muchacha una debilidad general que se curaria con los baños de mar y tomando hierro.

Quando llegó el instante de llevar á Soledad á Málaga á tomar baños, no fué posible por no permitírsele sus fuerzas. Pasaba los dias en un sillón con las obras de Melendez en sus rodillas; y cuando le dirigian la palabra respondia invariablemente con lánguido y tierno acento: ¡Volverá! ¡Volverá!...

Una tarde de Diciembre, las amarillas hojas caian de los árboles; Doña Engracia, bastante encorvada, hacia calceta junto á la ventana, cuando D. José entró en la habitacion. Sentada en su gran sillón su sobrina, reclinaba la trasparente y aún hermosa cabeza sobre una almohada. Tenía los ojos entreabiertos, la mirada fija.

—¡Buenas tardes, pichona!—dijo el cura.

La tomó una mano; estaba helada. Pálido, agitado, tembloroso, el padre sacerdote gritó con desesperacion:

—¡Soledad! ¡Soledad!

No respondió. Solamente, alrededor de aquella cabeza de Virgen, circundándola como una aureola, algo grande, invisible, flotaba tal vez la esperanza que acababa de quebrarla el corazon al extender sus alas para partirse; y en sus violados labios palpitaba la inmensa fe de su alma en estas dulces sílabas brotadas con su último suspiro: «¡Volverá!»

GARCÍA RAMON.

## Á MÁLAGA <sup>1</sup>

SONETO

¡Málaga hermosa! ¡Mi ciudad querida!  
Vergel de amores, del pesar consuelo,  
edén de azul y trasparente cielo,  
la perla de los mares bendecida.

Á tu dulce recuerdo el alma olvida  
las sombras de su amargo desconsuelo,  
y despojada de su triste duelo  
vuelve otra vez á disfrutar la vida.

En tí se deslizaron lentamente  
de mi infancia los cándidos albores  
y las pasiones que engendró mi mente.

En tí no hallé ni llanto, ni dolores,  
y en cambio tú serás eternamente  
el único ideal de mis amores.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

## NUESTRAS VELADAS

Al dar principio el movimiento literario é intelectual que se inicia siempre en Madrid cuando comienza el mes de Octubre, nuestro querido amigo el Director de Los Dos MUNDOS, que á una galanteria exquisita reune la apreciable cualidad de hallarse siempre dispuesto á fomentar cuanto tiende al progreso de nuestra patria, muy especialmente si á la literatura se refiere, ha reanudado sus reuniones semanales en la redaccion, interrumpidas durante el verano.

El lunes 6 del corriente se han inaugurado tan fraternales veladas, á las que concurrieron durante el año último hombres eminentes en la administracion, poetas ilustres, Senadores, Diputados, escritores distinguidos en todos los ramos y muchos amantes de las Bellas Artes.

A dicha primera reunion asistieron muchos amigos del Sr. Pando y Valle que deseaban empezar de nuevo la activa y vigorosa campaña que en pro de los intereses generales, y especialmente de la fraternidad de España y América, vienen sosteniendo desde la fundacion de esta Revista, y querian estrechar la mano de compañeros ausentes durante los meses de estío.

La bella literatura alternó con las interesantes conversaciones sobre ciencias, administracion y pintura, y á seguida de una magnífica poesia, recitada por el jóven y ya reputado poeta Sr. Ortega Morejon, siguió un discretísimo discurso del Sr. Vidart sobre la union literaria de España con América, el que fué secundado por otros no ménos elocuentes y oportunos del Senador Sr. Alfonso, del inteligente redactor de *La Epoca* Sr. Tello, del notable corresponsal de *El Comercio*, de Manila, del Sr. Govantes y del Sr. Pando y Valle, que tiene la rara habilidad de armonizar los deseos y opiniones de todos con tal arte, que ninguno queda descontento ni desavenido.

Más versos armóniosos é inspirados de los Sres. Jackson, Lobo y Mobellan dieron hermosa variedad á la reunion, en la que se trató tambien de otros asuntos no ménos interesantes.

Entre ellos, el de mayor importancia ha sido el de resucitar el proyecto, tantas veces iniciado, de *union literaria entre España y América*, en lo cual todos estuvieron conformes, nombrándose una comision que prepare los trabajos para la propaganda de tan útil pensamiento y estudie los medios de realizarlo; cuantos se hallaban allí reunidos convinieron en que deben formar aquella los Sres. D. Félix S. Alfonso, D. Protasio Solís, D. Luis Vidart, D. Manuel Tello, Don Julio Vargas, redactor de *El Liberal*; D. Ma-

<sup>1</sup> Premiado en el Certámen de la Academia de Málaga en 1884. Componian el Jurado los Sres. Saavedra, Cánovas del Castillo y Alarcon (D. Pedro A.)

nuel G. Otazo, de *La Correspondencia de España*; D. Antonio Balbin de Unquera, D. Jesús Pando y Valle, D. Julio Viso, el Dr. Ossío, Don Antonio Corton y D. Pedro Govantes, los cuales, á la brevedad posible, tratarán el asunto en otras sesiones.

Después de las doce, y cuando ya muchos de los concurrentes se habian retirado, llegó el laureado artista Luna, autor del *Spoliarium*, que inmortalizó su nombre, acompañado del redactor de este periódico Sr. Lopez Jaena y de un inteligente abogado filipino, que hicieron notar al Sr. Pando y Valle su agradecimiento por el interés que ha demostrado en el progreso del país en que ellos nacieron, donde tanto se estima á la madre patria.

Nuestro querido Director les contestó que su entusiasmo por las provincias españolas de Ultramar era grande, y sólo anhelaba tener influencia y representación para que su voz fuera escuchada y pudiera prestar verdaderos servicios á los pueblos españoles de allende los mares, donde el fuego santo de la patria se debilita á veces por la conducta de quienes más obligados están á mantenerlo vivo.

Abrazos fraternales, plácemes entusiastas, comunicacion afectuosa de pensamientos y cambio de ideas á todos gratas, han sido las muestras de la satisfaccion con que los amigos vuelven á encontrarse en el hogar común, que es la casa del Sr. Pando.

También se leyeron cartas de amigos ausentes ó que manifestaban la imposibilidad de asistir, y entre ellas eran las de más interés las de los Sres. Cancio Villa-amil, Balmaseda, Perez de Nieva y Rueda.

Difícilmente se pueden recordar los nombres de los muchos que asistieron á la velada; pero á fin de que nuestros lectores sepan los que se interesan por nuestros ideales, citaremos los que recordamos, que son, además de los ya indicados, los colaboradores de LOS DOS MUNDOS siguientes: Cáceres Plá, Lopez Valdemoro, Manzaneque, Vega Armentero, Villa, Llopis, Cervera Bachiller, Blazquez Prieto, Florez, Marin, Neyra, Topete, Arana, Bas, Blanco, Hidalgo y Bada.

Es innecesario añadir que en estas reuniones íntimas, donde reina la cordialidad sin ficciones y la expansion sin lujoso aparato ni espléndidos banquetes, descuella siempre la figura del señor Pando, que á todos atiende y para cada uno tiene una frase especial de cariño.

En los lunes próximos esperamos oír recitar sus inspirados versos á Ferrari, á quien el año último tanto aplaudimos todos; leer sus excelentes y eruditas revistas extranjeras al sabio Balbin de Unquera; á Rueda esculpir con su insinuante voz sus melodiosas endechas, y á cada cual lucir sus indiscutibles talentos.

H.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Juicio crítico del Diccionario etimológico castellano, por Navarro Viola.

El distinguido bibliógrafo argentino, que todos los años da á conocer al mundo literario las publicaciones de su país, acaba de dar á luz este opúsculo, en que compara el Diccionario de Roque Barcia con el de Calandrelli, que á juzgar por lo que dice Navarro Viola es un monumento de nuestra literatura. Como prueba de sus afirmaciones examina varias palabras de una y otra obra, y demuestra que ni por la erudicion, ni por la especial ciencia fisiológica, ni por la solidez del razonamiento, es comparable la obra de Barcia con la del autor argentino, que por ahora no es conocida en España. El estilo de este opúsculo es tal como conviene á la critica literaria de nues-

tros dias, aunque si de algo pudiéramos tildarle sería de algun tanto jocoso; pero si así no fuese, ¿qué escrito de esta clase se leeria, hoy que tantos huyen de las lecturas serias? Damos nuestra más completa enhorabuena á los Sres. Calandrelli y Viola, y deseamos que los escritos del primero sean conocidos y apreciados, como ya lo son los del segundo, por los literatos peninsulares.

Instruccion sobre los desinfectantes, por el Dr. Chicote.

Por encargo oficial se ha escrito este opúsculo, que debiera propagarse todo lo posible en el estado de agitacion y temor en que nos encontramos. Sin pretensiones científicas y en lenguaje llano, aunque correcto, dándose á conocer los principales desinfectantes físicos, y especialmente químicos, la manera de usarlos, distinguiendo lo que debe hacer la Administracion y los particulares; y para terminar, se enumeran las reglas é instrucciones que deben observarse ántes de que los médicos puedan prestar su auxilio á los coléricos. Obras como la del Dr. Chicote prestan grandes servicios y jamás reciben tantos elogios como merecen.

Estudios botánico-forestales, por Alvarez Sereix.

El distinguido botánico é Ingeniero, Sr. Alvarez Sereix, ha publicado una serie de estudios sobre botánica y geología, en la que recoge y vulgariza los últimos descubrimientos sobre la influencia de los montes en la temperatura del país en que radican, la circulacion de la savia en las diferentes especies de vegetales, la probable antigüedad de la tierra y su formacion, sin contar otros curiosos pormenores que leerán con tanto interés los profanos á la ciencia como los mismos naturalistas. El estilo de este autor guarda relacion con la importancia de las materias que trata y no puede ménos de tenerse como buena muestra del género didáctico. Ofrece particular interés cuanto dice sobre la fecundacion de los vegetales, el llamado sueño de las plantas y la pretendida sensibilidad de las mismas.

Damos la más cumplida enhorabuena al autor y deseamos que se multipliquen entre nosotros las Memorias y Monografías sobre ciencias naturales, sobre todo si se escriben con aplicacion á la agricultura.

Los animales trabajadores, lecturas infantiles, por Doña Matilde del Real y Mijares.

La inteligente institutriz y profesora de los *Jardines de la Infancia*, señorita del Real, acaba de publicar la segunda edicion de la obrita cuyo título encabeza este párrafo, la cual reúne todas las condiciones de claridad y elegancia en el estilo, moralidad en el fondo y pureza en el lenguaje, que requieren los libros destinados á los niños de la primera edad.

Es digno el librito que nos ocupa del mayor elogio y recomendacion.

B.

## MISCELÁNEA

*El Boletín de Ultramar*, ilustrada Revista que, como ésta, viene á cooperar á la defensa de los intereses y progreso de las provincias ultramarinas de España, aunque con diferente criterio que nosotros, según vemos en sus primeros números, ha visitado esta redaccion. Enviamos al colega un afectuoso saludo y establecemos el cambio.

\*\*\*

También hemos recibido *El Estudio*, órgano de los estudiantes de la Isla de Cuba, y *El Relator*, de Santa Ana (República del Salvador), á quienes estimamos la visita.

\*\*\*

El Sr. Rector de la Universidad Central nos ha remitido el discurso leído en la inauguracion del curso académico de 1885, de la misma, por el Dr. D. Miguel Morayta. Una vez que le hayamos leído nos ocuparemos con gusto de él.

\*\*\*

El inteligente filipino, nuestro amigo D. Ceferino de Leon y Santiago, natural de San Miguel de Ma-

yumis (Bulacan), ha obtenido el título de licenciado en derecho civil y canónico.

Reciba nuestra más cumplida enhorabuena el joven abogado.

\*\*\*

Hé aquí lo que dice un periódico al ocuparse del actual Presidente del Ecuador:

«Dios no muere,» exclamaba en el mes de Agosto de 1875 García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, cuando herido de muerte estaba espirando.

«Después de mi muerte, el Ecuador caerá nuevamente en manos de la revolucion. Con el nombre de *Liberalismo* gobernará despóticamente; pero el Corazon de Jesús, al cual consagré mi patria, la salvará otra vez para hacerla vivir libre y digna bajo la salvaguardia de los grandes principios católicos.»

El nuevo Presidente de la República, Caamaño, es digno sucesor de Moreno por la firmeza de los principios y por la pureza de sus convicciones.

El dia anterior al en que el nuevo Presidente debia ir á la catedral para prestar juramento en manos del Obispo, dijo que jamás emprenderia cosa alguna contra la religion católica, apostólica, romana, fué á visitar á la viuda de su predecesor, pidiéndole que le prestara el fajin de García Moreno para tan solemne funcion: «Deseo, señora, que se sepa que soy el sucesor de su política franca y leal.» «No os lo presto, respondió la viuda, os lo regalo; nadie mejor que vos es digno de llevarlo.»

Toda la ciudad de Quito vió al nuevo Presidente de la República ir á la catedral ostentando el fajin ensangrentado de su antecesor.

\*\*\*

Segun la última estadística de París tiene 2.239.928 habitantes, 1.113.326 varones y 1.126.602 mujeres. Habitan en 68.126 casas, de las cuales 32.422 tienen más de cuatro pisos. Hay 440.022 hombres casados y 446.297 casadas, 721.569 solteros y 557.054 solteras; uno de los casados tiene diez y siete años y una de las casadas catorce; 51.735 viudos y 123.251 viudas. Hay tres viudos de diez y ocho años y dos viudas de diez y seis. Hay 7.386 personas de más de ochenta años, 2.747 entre ochenta y cinco y ochenta y nueve; 640 que pasan de noventa y 138 de más de noventa y cinco. Hay veinte centenarios, cuatro solteros, un casado y seis viudos, y entre las mujeres una soltera, una casada y siete viudas. Los extranjeros son 91.872 varones y 75.542 mujeres. El mayor número se compone de belgas, y en segundo, tercero y cuarto término italianos, alemanes y rusos. Hay 149 asiáticas y 65 chinas. Hay 551.778 personas que viven del comercio, 9.678 de la agricultura y de la industria 1.102.513. Entre los publicistas se cuentan 5.684 hombres y 5.500 mujeres. Los individuos sin profesion conocida y vagabundos son 61.699; á saber, 25.068 varones y 36.621 mujeres.

\*\*\*

La total poblacion del Imperio chino, según el censo de 1881, asciende á 285.000.000; su ejército se compone de 500.000 soldados indígenas, y su escuadra, según datos de 1882, tiene 60 navios; pero se ha aumentado esta cifra con otros construidos recientemente en Inglaterra y Alemania.

## PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Semestre.	Año.
Madrid . . . . .	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias . . . . .	7 »	12,50 »
Extranjero . . . . .	15 »	25 »

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

Cuba y Puerto-Rico . . . . .	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas . . . . .	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.